

rán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» Si todo esto lo ha prometido quien bien sabe cumplir, es prueba de que tanta dicha solo corresponde á lo inmortal, y como Dios no es mentira, es cierto que hay alma en cada hombre para el cual se refieren las promesas de la bienaventuranza. La caridad es el tercer signo que demuestra que se tiene por primer principio en nuestra naturaleza á el alma. La caridad es virtud que no sería posible poseerla, sin espíritu que nos animará, y ella es la condición *sine qua non* para la salvación. Amar á Dios, al prójimo, así mismo no hay quien pueda negar que sea bueno, y por tanto útil; la caridad, es de cir, el verdadero amor puro, ardiente, no es producida por sustancia material, ni encendida por fluido nervioso: nace del espíritu, que únicamente es quien sea capaz de aceptar el sufrimiento que proviene del amor por el que uno padece, por lo que otro padece, que en muchos llega á ser un sacrificio, una mortificación de la carne, obedeciendo al espíritu para ofrecerse puro á Dios y para hacer bien al hermano en Jesucristo, sea amigo ó enemigo. Nunca hacer el bien amando á Dios y al prójimo trae mal al hombre, al contrario, mientras más grande es la caridad mayor provecho obtiene el espíritu, y entonces se hace más semejante á Dios que ha amado tanto al hombre, que derramó su sangre preciosa para redimirnos. «Pero te perdonarán mis ojos, porque tu alma fué preciosa delante de mí, para que conocieras mi amor y fueras siempre agradecido á mis beneficios.» (Kempis. «Imitación de Cristo» Lib. 3.º cap. XIII).

Las tres virtudes, fe, esperanza y caridad son practicadas en el mundo solamente por el hombre, porque fuera de él, ninguno de los seres que gozan de la vida puede tenerlos, porque carecen de razón. Creer, esperar y amar, es bueno, útil y dulce hacerlo: negar á el alma es negar á Dios, y esto es imposible para quien piensa rectamente; desesperar, es decir: creer que la muerte aniquila completamente al hombre, es, sin embargo, esperar una repugnante postrimería, ¡lanada! ¡Qué espectáculo! que no quieres que muera tu nombre en la memoria de los tuyos, que desees que no te olvide la historia y no te importa desaparecer para siempre esparciéndose tus elementos des-

pués de tu muerte! ¡No ser, después de haber sido capaz de trasladarse por medio del pensamiento hasta llegar á donde está Dios autor de todo lo grande y hermoso; después de haber podido hacerse el dueño y Señor de la Naturaleza, puesto que con su inteligencia y con los recursos que ha sabido proporcionarse, analiza los astros más distantes, hace lo que quiere con la energía que conmoviendo al Eter produce la luz, la electricidad y el calor, que ha conseguido ver al través de los cuerpos opacos.... No ser, después de haber ascendido por el trabajo y la inteligencia hasta donde han llegado las ciencias y las artes, para caer al espirar en el abismo de la nada! ¡Ah! No, si todo eso de que ha sido capaz el hombre de alcanzar, es la demostración de la existencia en él de un espíritu que es imagen y semejanza del Todopoderoso y por eso el poder del hombre ha sido tan grande. Sin ser inmenso como es el Señor, lo imita hasta donde S. M. lo permite. Y después de elevarse tanto se había de disolver el hombre en la oscuridad de la nada? ¡Qué degradación tan horrible y tan despreciable aceptan los materialistas!

CAPITULO XXIX.

Continúa el asunto del anterior.

Es aborrecerse negar á su alma: por eso la ira, la desesperación ó el suicidio siguen á la tribulaciones y á los dolores en muchos de los que no creen; mientras que la mansedumbre, la paciencia y la esperanza mitigan y también endulzan las penas de los que creen y entonces es cuando se manifiesta nuestra naturaleza espiritual, pues únicamente por el alma que tenemos, podemos resistir á la fuerza del dolor moral, que es más tremendo en muchas circunstancias de la vida, que los mayores padecimientos del cuerpo; y el alma hace que séamos inquebrantables ante la tribulación porque el espíritu es invulnerable, aunque sufra, porque tiene la propiedad de ser inmuta-

ble en su esencia; no así la materia orgánica, que es modificada por todo lo que la ataca ó hiere, y su resistencia está en relación con su natural estructura, pero ella tiene límite y por lo mismo es vencida por fuerzas superiores; pero aún la misma naturaleza material del hombre es mucho más fuerte, si el espíritu ha sabido dominarla; por tanto, graves penas morales matan á los que lo material se sobrepone habitualmente al espíritu, y no hacen mella en los que la materia está acostumbrada á obedecer.

Que el alma es la sustancia que caracteriza al hombre, es una verdad tan clara, como es la de que existe Dios y esa entidad es preciosísima por haber sido criada con predilección por el Omnipotente, quien después de haber modelado el cuerpo de Adán para que éste fuera llamado hijo de Dios, al mismo tiempo que era criatura, le infundió un espíritu que fué emanación divina en el sentido católico; así pues, el aliento de Dios animó al hombre, y tenía que ser así, porque el Señor dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza,» y el alma es el único ser en el Universo que se parece á Dios. De esta similitud es de la que al hombre le viene el ser de la capacidad tan grande con la cual, sin ser igual á Dios en la Omnipotencia, ha podido ser el señor absoluto en la tierra porque tanto dispone por su inteligencia y destreza de los animales para hacer de ellos lo que quiere, como por medio de la ciencia y del arte conoce en su esencia las cosas que le rodean, próximas ó lejanas y utiliza cuanto está á su alcance. Con el pensamiento el hombre está presente á la hora y cuando le conviene en el astro más lejano, y aun en altura más eminente, en la mansión celestial. Con la facilidad que domina á las fieras más fuertes que él, con la misma es dueño de hacer lo que se le antoja con la energía productora de la electricidad, del calórico y de la luz. En volúmenes que llenan las bibliotecas constan los hechos del rey de la creación. Las palabras, ciencia, arte, industria, significan, no omnipotencia, que es propia de Dios, sino pluripotencia. Mas todas estas facultades que posee el hombre, son pequeñas ante la que le confieren la fe, el amor á Dios y la humildad, con las cuales puede orar, es decir: hacer que Dios descienda para ponerse en comunicación con él; y oír el Creador á la criatura, dispuesto ya á consolar, á conceder y á enseñar, y el alma oye lo que Dios le dice, pues con el sentido del amor ve á Dios, que está

en la audiencia, no terrible, sino manso y humilde, y por esto es por lo que ha acudido al llamado de la oración; con el sentido de la humildad, oye la lección que le enseña lo bueno que ha de hacer y lo malo que debe evitar, y con el sentido de la conformidad con la voluntad del Señor, percibe la gracia que endulza las penas y amargura y fortalece al espíritu. Únicamente quien hizo á el alma, sabe lo que vale; pero sí podemos aproximarnos á conocer su valor, considerando la caridad tan grande que por ella tiene Dios, y esto que digo, se refiere al espíritu puro é inocente que animaba á Adán, padre de todos los hombres en el momento de salir de manos de su Creador y padre. Ese precio que rescató á el alma esclava después del pecado y que fué amor de caridad, jamás podremos justipreciarlo, puesto que no hay en el cielo ni en la tierra manera de saber cuánto vale la humillación de Dios Hijo que encarnó, su vida oscura que pasó ayudando en el trabajo, dueño y señor de todas las cosas como es, á su padre adoptivo San José, su predicación y los pasos que dió para ir á buscar al pecador para convertirle, los insultos y blasfemias de sus enemigos ingratos, la traición del discípulo que lo vendió, la negación de su futuro vicario, la última cena, en la cual la nueva Pascua ó el sacrificio de la Hostia cándida ofrecida por el Augusto Sacerdote substituyó á la antigua caracterizada por la severidad del cruento sacrificio, y que solo fué figura del nuevo, y que subsistirá hasta la consumación de los siglos. En esa noche feliz en alto grado para el hombre, el Hijo de Dios dió la prueba mayor, entre tantas que ha tenido á bien conceder, de que ama á la criatura racional como ninguno puede comprenderlo, porque lo que pertenece á Dios ninguno puede medirlo.

Ha sido aquel amor tan grande que solo puede caber en el corazón de un Hombre-Dios que da su sangre para salvar al objeto de su amor y al Calvario es á donde debemos ir á conocer qué es el alma humana, pues allí se vió que Nuestro Señor combatió hasta vencer á la muerte, muriendo, es cierto, el vencedor, pero para triunfar al tercer día por medio de la resurrección, asegurando de esta manera como Salvador y Representante de la humanidad, la inmortalidad de las almas. Además de esta inapreciable prueba de amor de Dios para el hombre, que indica el valor del alma, nos ha demostrado cuál es la excelencia de ella, suponiéndola sin pecado, el alma de María Santísima

llena de gracia, de grandeza, de pureza y de hermosura, al mismo tiempo que tan humilde, pues al ser exaltada á la dignidad de Madre de Dios, no empañó la candidez de su inocencia ni el más ligero vaho de orgullo y soberbia. al saber la honra tan grande con la cual fué distinguida, Conforme con su virtud, no consideró en su interior más que estar obligada á obedecer á su Dios, y en lugar de alzarse, se abatió, adorándole y diciendo: « He aquí la esclava del Señor, háhase en mí según tu palabra;» sin pretenderlo, se hizo la Reina del cielo y de la tierra. Preservada María del pecado, su alma santísima es la verdadera imagen y semejanza de Dios, y si fuéramos capaces de apreciar ese Espíritu purísimo que en un cuerpo inmaculado é incorruptible tiene su trono junto al de la Santísima Trinidad, entonces ya podríamos tener idea de lo que es la naturaleza del alma tal cual Dios la crió. Meditando con atención en todas y cada una de sus excelencias, estamos más cerca de conocer cuál es la dignidad del alma. Bendito sea Dios, alabado sea por todos los hombres como fué bendecido y alabado por María desde que ella comprendió ser hija de Dios, hasta que los ángeles la condujeron á reinar á la Patria celestial. En el alma de María habita Dios, ella es la verdadera ciudad de Dios y así debían de ser nuestras almas. ¡Oh! quién fuera tan dichoso que pudiera imitar con sus oraciones y alabanzas, á esas almas que en coro en el monte Hebran, María, José, Isabel, Zacarías, cantaban la gloria del Señor; aún dentro del vientre de su Madre San Juan saltó de gozo: alabando y elevando en la oración sus santísimas almas por sí mismas y en representación de todas las demás que iban á ser redimidas bendijeron á Dios; entonces fué cuando olor suavísimo de santidad, saliendo del fuego de la caridad de corazones santísimos, llegó hasta la Majestad augusta para hacerle olvidar el hedor de los sacrificios ofrecidos á Satanás en los altares del paganismo por los corazones de hombres ingratos.

El alma siendo el principio activo del hombre, todo lo que este obra debe ser atribuido á ella, se entiende en lo moral, y que por medio de la razón dirige, por la voluntad impera el hombre; por tanto es necesario que sea diligente para cumplir con el deber que tiene de hacerse digna de su origen y obrar de conformidad con su naturaleza. Viene de Dios, es hija de Dios, lo natural es que deba ser

santa, comenzando por agradecer el beneficio que gratuitamente recibió al ser criada, y por lo mismo, es su obligación primera, dependiente de ese agradecimiento, el alabar y bendecir á su Bienhechor. No renegando ni de Dios ni de su naturaleza, le será más fácil evitar el gravísimo mal del pecado, y si llega á conseguir verse libre de él, es ya semejante á el alma de María Santísima, que es la mujer más excelente de todas. Sin pecado estuvieron las almas de nuestros primeros padres, y para que le sirvieran formó Nuestro Señor los cuerpos de Adán y Eva, dotándolos con todos los órganos tan perfectos, tan propios, para ejercer las facultades y funciones que caracterizan al hombre, como racional que posee capacidad intelectual. Dios Nuestro Señor formó el cuerpo y el alma para que unidos sustancialmente constituyesen al hombre; pero esto supone una perfección proporcionada en el cuerpo y especialmente en el cerebro; si para las necesidades de los brutos el encéfalo, que á cada uno tocó tener, es admirable por su perfección, el del hombre es un aparato mucho más perfecto y así lo formó Dios y sublime es el cerebro humano, porque así lo requería la alteza de su destino.

El alma que goza de la bienaventuranza, conoce, ama y posee á Dios Ntro. Señor y por inefable manera, puede también penetrar por todas partes y puede, si al Señor le place, actuar sus potencias ora en un lugar ora en otro.

Estas dos facultades del alma que se encuentra libre y feliz, son tan positivas, como lo son las propiedades de eso que antes se llamaba fluido eléctrico, y hoy se le califica como una de las manifestaciones de la energía y también de la luz que igualmente que la electricidad es otra de las manifestaciones de la misma energía. La electricidad penetra en la materia, que se encuentra llena en sus poros del éter, medio indispensable, según la teoría, para que pueda hacer sus manifestaciones la energía y recorre en un instante miles de metros; la luz es aun más veloz, y á fines del siglo que acaba de pasar, se ha conocido, que como la electricidad, penetra en los cuerpos opacos, según lo demuestran los rayos X. Si hay derecho y razón para negar al alma y á sus cualidades, habría también razón y derecho para negar lo que la ciencia escéptica no tiene empacho en creer, no obstante la imposibilidad en que se encuentra para conocer la causa positiva de la energía.

Sujetas las potencias del alma por su confinación en

el cuerpo humano, tiene, por beneficio de Dios, medios perfectísimos para poder ejercer sus facultades, esta misma alma, con una capacidad considerable, aunque limitada. Esos medios son magníficos: el encéfalo, la médula espinal y los nervios, son obras excelentes, admirables, de la sabiduría y omnipotencia de Dios, y si alguna vez fuera posible que el materialista tuviera razón para negar al espíritu como primer principio del hombre, sería al estudiar el sistema nervioso, tanto en su estructura como en su modo de funcionar. Como materia organizada que funciona tan sorprendentemente era sublime el cerebro y sus dependencias y medios de comunicación; sus centros de asociación y de proyección compuestos de abundantísimos elementos y medios de conexión, todo dispuesto con grandísima propiedad y exactitud, que permaneciendo en una contigüedad tan inmediata, tanto que parece que se tocan los elementos, están, sin embargo, tan bien aislados, que cada cual funciona tan independiente, como si estuvieran colocados á una gran distancia unos de otros sus centros de asociación y de proyección, repito, obran todos con un acuerdo tan admirable.

Expléndido es este pequeño esferoide, que en tan corto volumen, en tan reducido espacio, contiene tantas y tantas células, que son un misterio para la ciencia, órganos de los sentidos internos que suministran materia á las facultades superiores. Mas si el materialista cree ó aparenta creer que el cerebro es el sujeto que obra en el hombre; los que confiesan la magnificencia del órgano y no despreciando su capacidad creen en la presencia del espíritu, dicen que es imposible que en la materia se formen las ideas, tanto en los entendimientos superiores, como en los medianos é inferiores, hablamos de toda clase de ideas; del juicio que hace el hombre en el uso de la libertad que tiene para obrar, de la apreciación de las virtudes y de las culpas, de la conformidad de las acciones con las prescripciones de la ley natural, porque haciendo á un lado las aberraciones por las cuales ha pasado la humanidad con respecto á las diferentes religiones, todos los hombres sanos de juicio, en todas partes, tienen ideas conformes con la ley natural, sin embargo de que no la conocieron promulgada en el monte Sinaí, como los israelitas. Es todo espiritual el sentimiento de responsabilidad que resulta de esa conciencia que se tiene generalmente de la obli-

ción de cumplir con la expresada ley natural y que no sujeta al libre albedrío, el cual no es propio de los brutos, en los cuales, la materia funcionando es la que mueve al animal, la cual por su estructura y por los estímulos que la hacen funcionar obra necesaria y fatalmente y sin responsabilidad porque los actos son siempre conformes con la naturaleza, mientras que sucede lo contrario tratándose de persona ó sujeto responsable en el cual su esencia permite que se obre en un sentido ó en otro con satisfacción, ó sentimiento de responsabilidad, según sea el acto. La presencia del alma en la persona está manifiesta durante el sueño, ese misterio que la ciencia hasta ahora no ha podido explicar, pero que es sin duda el descanso de los elementos nerviosos que sirven á las potencias del alma.

Satanás, al pervertir al hombre, le incita á degradarse alucinándole con las mentiras de ciencia falsa. En cuanto la anatomía y la fisiología del sistema nervioso han sido mejor conocidas, el enemigo se aprovechó de estos progresos de las ciencias para sugerir á los médicos orgullosos por su saber y rebeldes á la disciplina y enseñanza de la Iglesia, la idea de que el cerebro del hombre, á causa de su perfectísima organización, basta para el ejercicio de todas las funciones psíquicas, y por consiguiente, no hay principio espiritual necesario para dirigir esas funciones. El fin del enemigo, es que exista la convicción en el hombre sabio en ciencia impía de que no hay alma y que en consecuencia, un ente material, inteligente, no es persona responsable de sus acciones, y siendo así, que exista ó que no exista Dios, es indiferente, pues, excepto la muerte, no hay postrimería, ni temible ni apetecible, porque buenos ó malos, todos han de ir á disolverse en la podredumbre del sepulcro, que no es pena para la materia que ya no está dotada de vida.

Renegar de nuestro principio noble es renegar de Dios y es lo que quiere el Demonio que haga el hombre; porque de negar á el alma se sigue que no hay necesidad de religión porque no tiene razón de ser, y de tal absurdo se pasa á otro y á otro, hasta llegar á afirmar que el Universo, con las leyes admirables que le rigen, no tiene causa suprema y primera subsistente desde la Eternidad, y bajo el poder de tal sugestión, ó se niega la existencia de Dios, ó se supone que el Universo es Dios, y así el Diablo

seduce á los anatómo-fisiologistas, los cuales, á su vez, deslumbran á los pseudo filósofos, que creen á quienes les muestran el cerebro perfectísimo y admirable, que vive como viven todos los órganos y les enseñan la manera de funcionar del encéfalo, y como se han aturdido ellos, los anatómo-fisiologistas, aturden á los demás al demostrar que el ejercicio de las funciones psíquicas produce la razón y cesando por cualquier motivo de funcionar el órgano, cesa la razón. ¿Y qué espiritualista sostiene que para que un artista ejecute una pieza de música en el piano, no es necesario este instrumento? Si el alma mientras está confinada á su mansión material tiene necesidad, para manifestar sus facultades, de medios propios para conseguirlo, no es posible que pueda ejecutar sus actos si dichos medios se alteran ó se nulifican; ¿por qué deducir por esto que no hay alma en el hombre? Lógico sería entonces afirmar que no hay pianista porque un piano está descompuesto, que tal artista no existe si al recorrer un piano destemplado se producen ruidos en lugar de armonías, cuando el músico recorre el teclado.....

Ya una vez conseguido que el hombre sea ateo ó que admita el Dios Universo, poco le importa al Demonio lo demás, porque de cualquiera manera se cumple su deseo, que es que la criatura humana no alabe á su Creador y Señor y que no procure su salvación, y si pudiera ser que el primero de los infelices, el Diablo, tuviera satisfacción y gusto, dicha grande sería para él ver atormentados en el infierno á los desventurados sabios, que aunque condenados por la circunstancia de ser hombres, son de la familia de Jesucristo.



CAPITULO XXX.

El sistema cerebro-espinal --Los tubos nerviosos

Mas á Dios gracias, la ciencia verdadera, la que reconoce al Creador omnipotente, cree, que el alma humana, imagen de Dios, es el principio activo del hombre, y la ciencia, con admiración y llena de gozo, eleva al Creador como un himno de amor y alabanza y como una ofrenda de gratitud, el caudal de conocimientos que con labor y perseverancia ha logrado adquirir. Gracias, sí, al sapientísimo Dios todopoderoso, que tuvo á bien hacer digno del señor al servidor, es decir, que á espíritu excelente, por semejanza de su Creador, le proporcionó un aparato perfectísimo para poder manifestarse durante su residencia en el cuerpo humano. Según es el señor es la casa y es la servidumbre: es tan bien hecho, tan hermoso el cuerpo humano, porque es la casa del alma, y los órganos, sus familiares, son buenos y diestrísimos para cumplir las órdenes del amo ó de su mayordomo; y siendo el sistema cerebro-espinal el servidor más directo, más allegado, es como el ministro ó mayordomo del dueño de la casa y administra y trasmite órdenes. ¿Cómo no ha de estar dotado de todas las cualidades que lo hacen perfectísimo el principal servidor del alma, hija de Dios, la predilecta entre todas las criaturas?

El aparato cerebro-espinal es tan hermoso, tan completo, tan perfecto en todo su conjunto y en cada una de sus partes, que no es posible considerar otro mejor, ni en su constitución, ni en su funcionamiento. Ningún ingeniero por más experto y sabio que pudiera suponerse, sería capaz de inventar un sistema generador de energía tan bien calculado y tan eficaz como el sistema nervioso. Por mucho que la electricidad se parezca por su actividad al fluido nervioso, éste es incomparable en la naturaleza por el modo que tiene de manifestar su energía y por la manera de desarrollarse en aparatos únicos en su especie en el mun-